

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
Escalofriantemente suyo, Christopher Lee

Autor/es:
Savater, Fernando

Citar como:
Savater, F. (1991). Escalofriantemente suyo, Christopher Lee. Nosferatu.
Revista de cine. (6):66-69.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/43310>

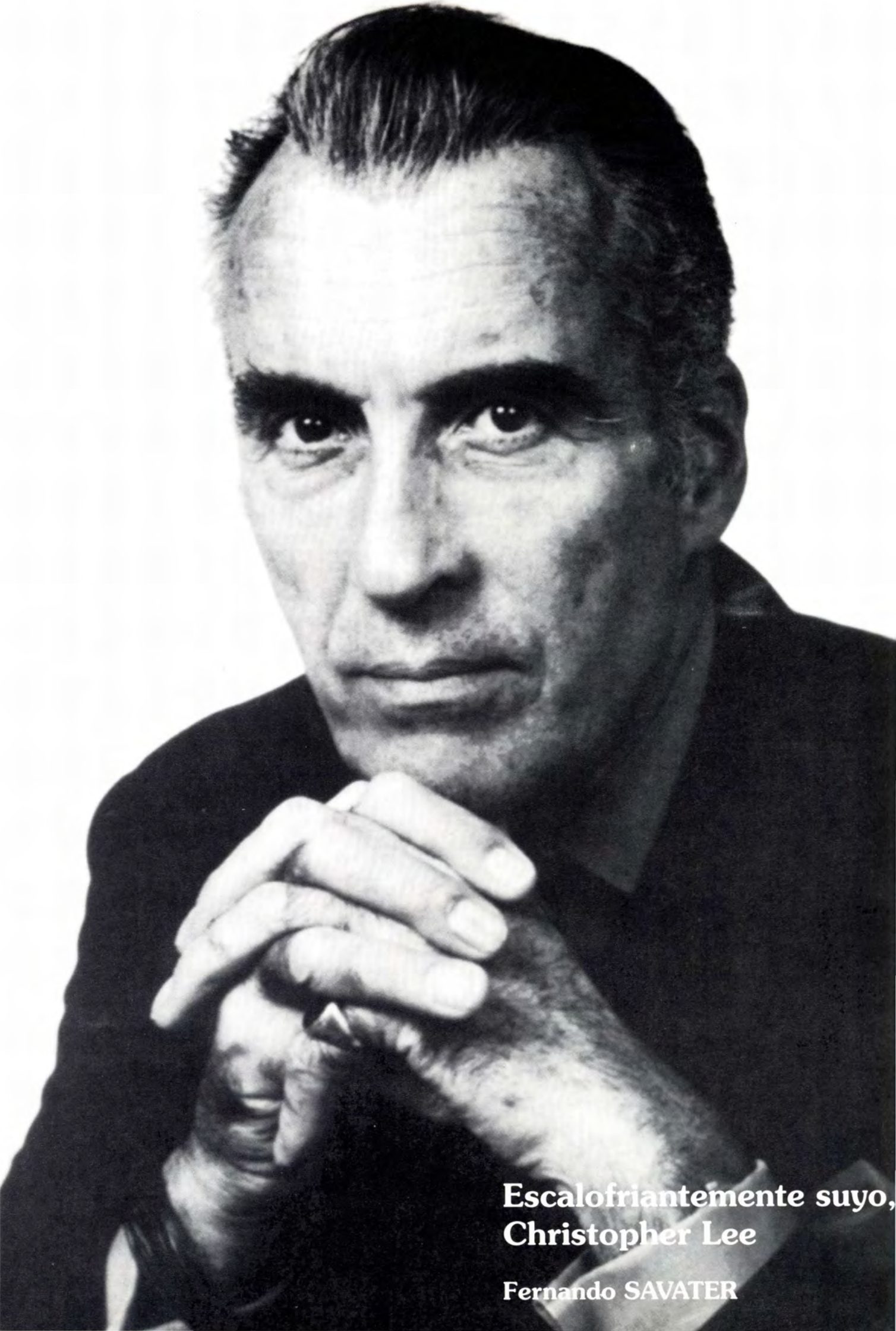
Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com



**Escalofriantemente suyo,
Christopher Lee**

Fernando SAVATER

Uno de los méritos más indiscutibles del cinematógrafo es el de registrar y conservar para la posteridad algunos de los especímenes singularmente notables de la especie humana, con toda la viveza de su gesto y el garbo de su andar. No hablo aquí de caracteres dramáticos inolvidables, ni de hermosos argumentos, ni de geniales interpretaciones, sino de algo mucho más elemental y quizá más imprescindible: me refiero a físicos inolvidables, a hermosas figuras, a geniales apariencias. Antes de ser un repertorio de historias, de paisajes, de trucos espectaculares, de bromas y tragedias, el cine es una galería de mujeres y hombres: miradas, manos, formas de cruzar las piernas o de abofetear, rostros que nos plantan cara, culos cimbreantes y (gracias a cierto tipo de películas) agujeros y protuberancias íntimas de las que hacen época. Creo que no se equivocan demasiado los que de ciertas películas sólo guardan el recuerdo de unos ojos torvos o de una sonrisa radiante, los que se maravillan mejor con las curvas de la protagonista que con los meandros del argumento... Se ha dicho que no hay paisaje tan fascinante como el rostro humano; seamos más generosos y digamos "como el cuerpo humano". El cine lo prueba: lo mejor de este arte es lo que tiene de carnalmente antropocéntrico.

Reprocharle a una actriz o un actor de cine que viven "de su físico" no es por tanto decir nada contra ellos: gracias a su físico vivirán para siempre Gary Cooper y Charles Laughton, Ava Gardner y Margaret Rutheford, hasta Lon Chaney, que supo hacer inexplicablemente suyas más de mil caras... Sus dotes interpretativas pueden haber sido mediocres o sublimes, pero no es eso probablemente lo que más cuenta en último término: todos fueron verdaderos ejemplares. Si no fuera por ellas y ellos no sabríamos del todo bien cuánto misterio, gozo y desesperación encierra tener pinta humana.

En el *hit-parade* de físicos imborrables acuñados por el séptimo arte se ha ganado sin duda su puesto Christopher Lee. En cierta ocasión -a propósito de John Wayne- escribió Guillermo Cabrera Infante que el problema fundamental que deben resolver todos los actores muy altos y de miembros largos es el de cómo *andar* (si recordamos los apuros de James Stewart en el restaurante árabe de **El hombre que sabía demasiado**, añadiremos también la cuestión de cómo *sentarse*...). Christopher Lee sabe llevar su gran estatura con decisión y fuerza: vamos, que es alto *a su favor*. En el mejor de los casos, es capaz de hacer vibrar su tamaño con una energía peligrosa y hasta demoníaca, como si por muy tieso que fuese siempre hubiera algo *agazapado* en él; en los momentos menos propicios puede resultar envarado, pero se le disculpa porque imaginamos que acaba de salir de un ataúd o de algún otro recinto lúgubre y poco flexibilizador, por lo que aún le hormiguean un poco los músculos dormidos de los que, sin embargo, ya va recuperando el pleno uso...



Tres rostros distintos de Christopher Lee para una serie de televisión de Douglas Fairbanks, Jr. De izquierda a derecha: **International Settlement** (1953), **The Last Knife** (1953) y **The White Wedding Dress** (1954).



Desde luego, más vale no engañarse: aunque los guionistas no vuelvan a ponerle capa negra en lo que le queda de vida cinematográfica (¡que ojalá sea mucho!), Christopher Lee es y será siempre Drácula. El primer día que le vi al natural, correcto caballero inglés vestido de *tweed*, no pude remediarlo y le busqué con la mirada los dientes en la amable sonrisa. Bueno, qué le vamos a hacer. Hasta uno de los más fabulosos y versátiles actores de nuestro tiempo, Sean Connery, seguirá siendo para nunca digas nunca jamás James Bond en algún rinconcito de nuestra alma de espectadores. Por lo demás, el Drácula encarnado por Christopher es muy, pero que muy *potente*. A pesar de que el actor, con entrañable pedantería, muchas veces ha deplorado que las versiones cinematográficas que ha protagonizado

no hayan respetado nunca del todo la novela de Bram Stoker, su vampiro es impecable... ¡si es que un no-muerto puede serlo! El Drácula de Bela Lugosi es civilizado y por tanto vicioso: podemos *oler* su corrupción cada vez que aparece en escena, como un aroma dulzón y venenoso por debajo de la colonia cara que sin duda utiliza. En cambio, el vampiro de Christopher Lee es un espectro noble y elemental hasta en el crimen, con un aire desesperadamente *juvenil* del que carecía Lugosi, salvaje y feroz sin duda pero humanizado por la más redentora de las aflicciones: la imborrable melancolía de que la vida no sea sino simulacro de vida.

El único de sus *films* de Drácula del que Christopher Lee está contento sin reservas es el primero, **Horror of Dracula**. Los demás le parecen sucesivas etapas decadentes de su éxito inicial. Es particularmente crítico con **Drácula, príncipe de las tinieblas**, una de mis películas preferidas. Por lo visto el rodaje fue demasiado duro y agotador (sólo superado por el de **La momia**, que todavía recuerda con calambres) y el aniquilamiento del vampiro en el foso helado le dejó con tiritona para una temporada. Como ustedes recordarán, en esta película Drácula ha perdido el uso de la palabra y se limita a soltar gruñidos y rugidos que a mí me resultan más convincentemente amenazadores que cualquier sentencia articulada pronunciada con voz cavernosa. Hay en ese vampiro mudo una calidad de bestia acorralada que realza la emoción del momento en que araña su pecho para dar a beber su sangre muerta a la hermosa seducida... Bueno, resulta que esa mudez no se debe a la inteligencia del guionista sino a su torpeza: las frases que Drácula debía decir le resultaban a Lee tan insoportablemente banales que las fue suprimiendo hasta que Terence Fisher decidió cerrarle la boca del todo y que sólo la abriera para morder. Siempre ha añorado Christopher un buen texto que llevarse a los labios. En **La maldición de Frankenstein**, anterior a sus Dráculas y su primer trabajo para la *Hammer* tras la guerra, tampoco decía ni palabra, por lo que se quejó en cierta ocasión a su *partenaire* Peter Cushing. Fino e irónico como siempre, Cushing le consoló: "*Considérate afortunado. ¡Yo he leído el guión!*".



Christopher Lee dio vida a la más variada gama de personajes. Arriba, su primer papel de villano en **Penny and the Pownall Case** (H. E. H. "Slim" Hand, 1948); abajo, como el caballero de Rochefort en la versión de Richard Lester de **Los tres mosqueteros** (*The Three Musketeers*, 1973)

Además de diversas criaturas de pesadilla como vampiro, momia, Fu-Manchú, Mr. Hyde y un largo etcétera, este incomparable caballero de la noche ha encarnado también con admirable propiedad a villanos menos fantasmales. Su composición del **Hombre de la pistola de Oro** en la película de James Bond del mismo título o de Rochefort en **Los tres mosqueteros** de Richard Lester, quedan como piezas de carácter dignas de los secundarios históricos del mejor cine americano. De vez en cuando, ni siquiera se ha visto obligado a ser "malo" porque un director misericordioso le ha permitido redimirse. Fue Sir Henry Baskerville en la estupenda versión que Terence Fisher dirigió para la Hammer de **El sabueso de Baskerville**, en la cual Peter Cushing interpretó uno de los mejores Sherlock Holmes de la cinematografía mundial, con permiso de Basil Rathbone. Más adelante también el mismo Lee hizo de Holmes y de Mycroft, superdotado hermano del gran detective en la película divertidísima y poco valorada de Billy Wilder. En una mediocre película bélica con nazis, partisanos, etc. (**The Passage**, 1978) interpreta un papel que le corresponde por nacimiento: el de patriarca gitano. Por si ustedes no lo saben, Lee es un apellido casi oficial entre los gitanos ingleses (yo lo he visto mil veces en los carromatos de las echadoras de cartas que forman parte de la farándula de Epsom el día del Derby) y el propio actor declara que es medio gitano por vía paterna. De todas formas, el papel más comprometido de su carrera, quizá el más terrorífico, lo interpretó en 1982, cuando tuvo que ser nada menos que Felipe de Edimburgo en **Charles and Diana: a Royal Love Story**. Pero en fin, a Christopher siempre le ha ido la sangre exquisita, fuese roja o azul.



No quisiera acabar sin mencionar una de sus facetas menos conocidas pero nada desdeñables: la de actor de comedia. Previsiblemente, ha sido vampiro paródico en varias producciones bufas y también cazavampiros: fue Van Helsing en **Saturday Night Live** (1978), en la que el "vampiro" era Richard Nixon (interpretado por Dan Aykroyd), finalmente atrapado por James Belushi enseñándole, en lugar de una cruz, una fotografía de Eisenhower... En la que tanto él como yo consideramos su mejor interpretación, Lord Summerisle en **El hombre de mimbre** (una joya de humor macabro apenas conocida), se revela capaz de danzar ritos drúidicos con peluca femenina y garbo envidiable. Pero su papel más divertido es en una película antológica rodada en España, **Pánico en el Transiberiano**. En un tren infernal todos los pasajeros van siendo poseídos por entidades diabólicas hasta que sólo quedan frente a frente Christopher Lee y Peter Cushing. ¿Estará ya alguno de ellos habitado por un demonio? Pronto se tranquilizan uno a otro: "¿Monstruos, nosotros? ¡Imposible! Somos ingleses...".



Un gran sentido del humor caracterizaba al protagonista de **Drácula**. A pesar de ello, sabía ponerse serio cuando el guión lo requería. Arriba, en **Return of Captain Invincible** (1982); abajo, con Anthony Quinn en **The Passage** (J. Lee Thompson, 1978).